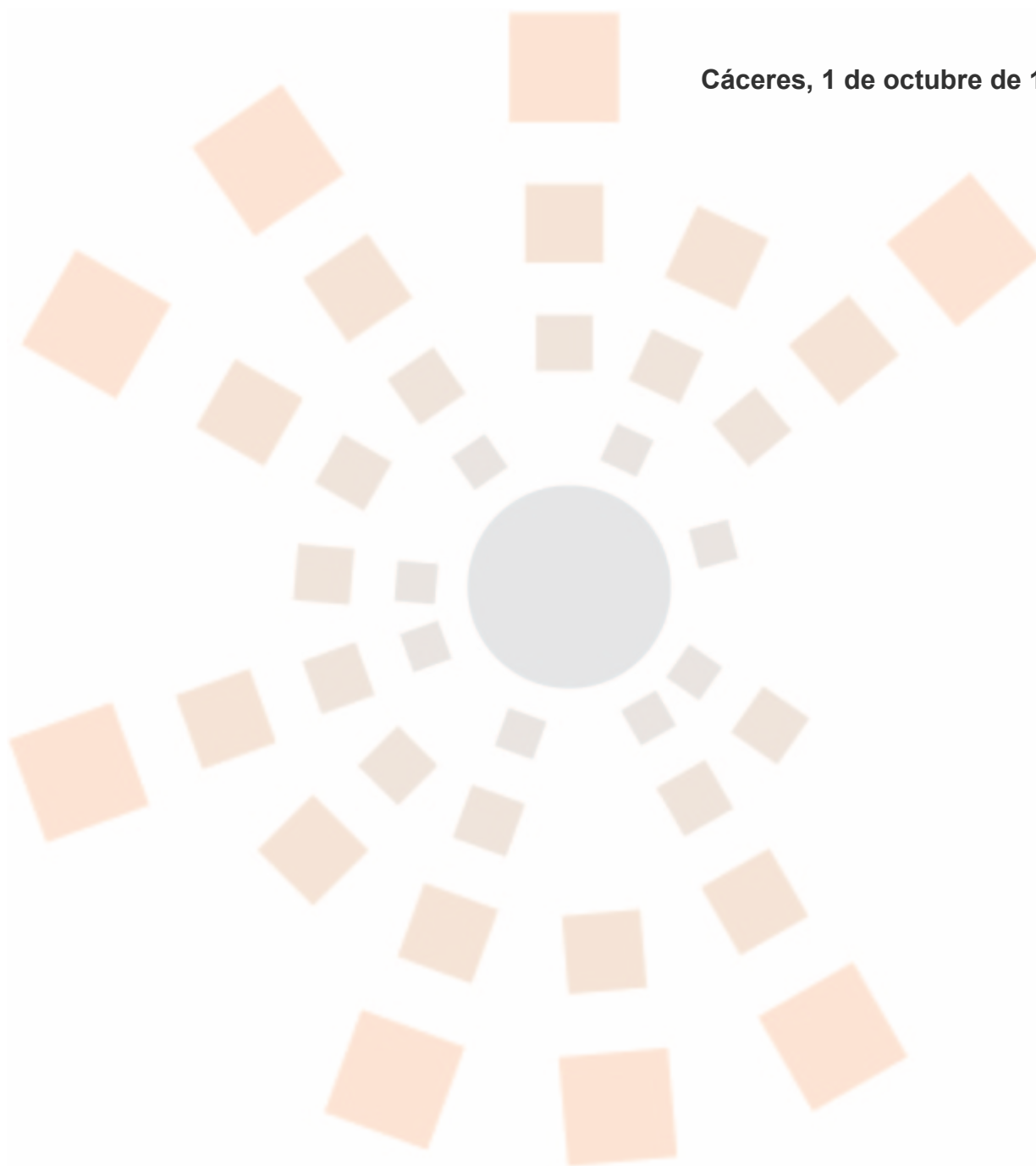


INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE LA UEX

Cáceres, 1 de octubre de 1999



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE LA UEX

Cáceres, 1 de octubre de 1999

Señor rector de la Universidad de Extremadura, señor presidente del Consejo Social, autoridades, señoras y señores.

En estas últimas semanas he acudido a algunos actos en el ámbito universitario con motivo de algunos encuentros profesionales y de la inauguración de alguna de las nuevas y excelentes instalaciones docentes de la Universidad. En esos actos, como es habitual, he dirigido unas palabras a los asistentes, gran parte de ellos miembros de la comunidad universitaria, y tras una de esas intervenciones, muy recientemente, una persona que conozco se me ha acercado para comentar mis opiniones. Y me ha dicho, me ha dicho en un tono irónico y amistoso, algo que me ha hecho reflexionar después. Dijo algo así como que le había gustado el discurso que había pronunciado porque era la primera vez, en mucho tiempo, que no venía a la Universidad a echar una bronca. Se trataba, lógicamente, de un comentario en el marco de la mutua confianza personal, y con el mismo humor fue recibido por mi parte. Pero como les decía, me ha hecho reflexionar por la parte que él contendría seguramente de verdad. Creo que es cierto que en muchas ocasiones he tenido que utilizar un tono, no de bronca desde luego, pero sí de una cierta exigencia, de una cierta urgencia, de una cierta premura. Y reflexionando sobre ello, llego a la conclusión de que no se ha tratado de una táctica deliberada, ni, me temo, de un tratamiento reservado sólo a la Universidad. Desgraciadamente han sido muchos los ámbitos de la vida pública extremeña en los que la Junta no ha podido dedicarse a los juegos florales y a los discursitos meramente protocolarios. Ha habido que galvanizar fuerzas, ordenar tendencias centrífugas, correr a tapar agujeros y, para seguir con el ejemplo figurado, echar amistosas broncas.

Con esta intervención de hoy pretendo pedirles disculpas por esa posible impresión, y asegurarles que no ha sido esa nunca mi intención. Y si me permiten, también, ofrecer las razones por las que creo que puedo haber dado esa imagen inadvertidamente por mi parte.

En muchos sectores de la vida pública de la Región, estos años han sido años de enorme tensión. No me refiero ahora a peleas externas, a conflictos entre partidos o a malas relaciones. No. No. Me refiero sólo a la tensión que provocaba la desastrosa situación, por ejemplo, de nuestro sistema de comunicaciones frente a las exigencias inaplazables de los ciudadanos. Y así era en todo: en el campo, en las carreteras, en los servicios públicos. Una mala situación de partida y una presión social enorme. Había que hacer muchas cosas; a veces que había que hacerlo todo sobre la nada anterior; había que hacerlo deprisa y había que acertar a la primera. Ha sido como arreglar un motor de un coche sin poder pararlo, yendo en marcha. En

esas condiciones, no es extraño que en la misma medida en que la Junta se exigía a sí misma un notable esfuerzo organizativo, financiero, de relaciones, e incluso propiamente personal, de sus manifestaciones, -de mis manifestaciones-, se destilase un similar tipo de exigencias para las otras instancias llamadas a colaborar.

Y eso también ha sucedido con la Universidad. Desde la Junta hemos tenido siempre claro la inmensa importancia de la Universidad para el desarrollo y para la propia consolidación política de Extremadura. Nadie puede extrañarse de que nos hayamos vuelto hacia ella reclamándole que asumiera ese papel, tratando de implicarla en la tarea colectiva regional, animándola a abrirse más al entorno, reivindicando un mejor equipamiento, exhortándola a un adecuado aprovechamiento de los medios que se ponían a su disposición, demandando menos derroche de energías en estériles batallas internas, taponando intentos muy serios de partirla en dos, o exigiendo rendimientos acordes con el esfuerzo hecho por la sociedad. No han sido broncas. Ha sido, eso sí, un requerimiento de su esfuerzo para la tarea de todos los extremeños y un continuo recordatorio de su imprescindible presencia en primera fila de la batalla por el desarrollo. Y además, este tono iba siempre acompañado de una sensación de urgencia, de prisa, de angustia, por no perder, otra vez, tantas y tantas oportunidades de desarrollo como han pasado por nuestra puerta sin que hayamos podido aprovecharlas por falta de instrumentos, como la autonomía política, el tejido empresarial o la pujanza de la Universidad. Había que crecer. Había que ofrecer más estudios. Había que hacerlo en un clima de terrible competitividad entre las universidades. Había que dotar más becas. Había que construir nuevos centros. Había que contratar profesores. De ahí esa impresión de ajeteo. De haber vivido una época, quizás irreplicable en cuanto a rapidez en los cambios que se demandaban y no menos celeridad en su realización.

Creo no equivocarme si digo que en la materia de universidad, o que la materia de la universidad, es la competencia de la Junta en la que más se ha mejorado en más corto espacio de tiempo. Ante este esperanzador presente, la Universidad era un problema. Y ahora creo que está en condiciones de ser ese imprescindible instrumento para el avance de la Región. Pero sería injusto que quienes han malinterpretado la causa de “este tono o ese tono exigente”, no hubieran apreciado que junto a este ajeteo y este agobio, la sociedad extremeña, a través de la Junta y también a través de las Cajas, ha hecho un notable esfuerzo financiero para acompañar este proceso de crecimiento. Ya lo he dicho muchas veces: gobernar significa elegir, optar, ordenar prioridades, y la Junta se impuso la prioridad de construir la mejor Universidad que pudiera. Y a ello dedicó muchos recursos que no habían sido transferidos, que no venían debajo del brazo de la propia Universidad, sino que fueron detraídos de otras necesidades, restados a otras áreas. De igual modo, las Cajas, de Badajoz y Extremadura, que no tienen ninguna obligación particular con la Universidad, han apostado y aportado de sus obras sociales muchos miles de millones para beneficio de esta Institución. Por eso, mientras que comprendo que nadie tiene por qué agradecer nada a la Junta, que al fin y al cabo es la administración competente, sí creo que las Cajas merecen el expreso agradecimiento, desde luego, de la Universidad, pero también de la Junta y de la sociedad extremeña en general.

Bueno, pues creo que estamos en la última fase de esa época de agobio, de las prisas y de las tensiones inherentes al crecimiento. Ahora se abrirá una época nueva para la Universidad, y deseo que también para la Junta en su relación con esta casa. Lo que me gustaría, para el futuro próximo, es contribuir a un clima de

sosiego y tranquilidad dentro de la Institución y en las relaciones con el gobierno Regional. Ya no tiene porqué haber nervios. Ni la sensación de estar cada día tomando decisiones radicalmente trascendentales. Se han puesto las bases del crecimiento y ahora toca ver crecer la planta. Acompañar, desde fuera, los procesos lógicos de adaptación a la nueva realidad. Dar tranquilidad sobre la existencia de recursos financieros suficientes para mantener la situación lograda. Asistir en su labor al Consejo Social. Custodiar la transferencia de saberes hacia la empresa y la sociedad, etc. En definitiva, pasar de un papel de acicate a un papel de discreta escolta. O ser menos intervencionista para aquellos que sigan pensando con esos esquemas de la supuesta tensión irresoluble entre imaginarias injerencias políticas y tentaciones académicas de encaramarse a una torre de marfil en la que nunca he creído.

¿Quiere decir esto que va a bajar el nivel de exigencia de la Junta respecto de la Universidad? No. Desde luego no. No puede bajar, por algo que ya les he comentado en otras ocasiones. El de la enseñanza superior es un servicio público respecto del que los ciudadanos tienen expectativas y que pagan esencialmente con sus impuestos. Como gobernante no puedo eximirme de responder ante ellos sobre cómo funciona un servicio público que me está encargado por el ordenamiento. Pero ya no será la exigencia de hacer en el sentido de estos años nuevas titulaciones, nuevos edificios, nuevas relaciones. Ni siquiera una exigencia sobre el cómo se emplean los nuevos recursos, sino que será, esencialmente, una exigencia sobre los resultados finales de su trabajo en un clima de dejar hacer. Les hemos dado los instrumentos y ahora esperamos, confiadamente, en que los resultados sean acordes con el esfuerzo de la sociedad. Tanto en la preparación de sus titulados como en la calidad de la investigación.

Pido y me exijo a mí mismo, en consecuencia, que ahora para estos próximos años dejemos trabajar a la Universidad sin la presión de tantos ojos sobre ella, de tantas opiniones sobre su trabajo. Pido que dejemos que los fuertes y rápidos cambios se sedimenten y que la Institución pueda comenzar a construir la calidad sobre la cantidad. Pido que seamos pacientes y esperemos los resultados de este estirón adolescente de los últimos tiempos. Pido que demos plazo a esta casa para que se acostumbre a su talla XL recién estrenada y encuentre su sitio en el conjunto del competitivo mundo universitario español. Pido que prestemos más atención a las noticias sobre nuevas investigaciones que a las de mezquinos conflictos corporativos, que, desgraciadamente, han influenciado la imagen exterior de la Universidad. Desde la Junta, la política universitaria, una vez concluidas las grandes líneas de desarrollo, se centrará más en la mera gestión corriente de las relaciones, sin revoluciones, ni sobresaltos, ni acelerones. Cuando nos necesiten por algún motivo extraordinario, no tienen más que decirlo. Siempre estaremos en la misma disposición y con la misma energía que desde la recepción de las primeras transferencias. Pero mientras tanto, no pierdan un ápice de sus energías mirando por el rabillo del ojo para las instituciones políticas. De igual modo, si nosotros, señor Rector, en alguna ocasión, necesitamos distraerle ocasionalmente de su tarea para que nos ayuden en tal o cual campo, se lo haremos saber sin complejos y con toda confianza.

Este es, en esencia, el mensaje que les traía hoy y con el que sinceramente estaba soñando desde que se inició el ajetreo hace ya algunos años. Para mí, y les hablo ahora desde el más estricto carácter personal, el del crecimiento y desarrollo de la Universidad, ha sido uno de los empeños más duros, más costosos

políticamente y más desequilibradores. Ya lo dije en su momento: tras muchísimos años de experiencia política teniendo que bregar con todo tipo de cuestiones desagradables, posiblemente la peor temporada de mi vida como responsable público, la viví cuando la amenaza de una división o disgregación de la Universidad llamando con fuerza a la puerta de la Junta. Tras haber creado costosamente todo tipo de fuerzas centrífugas, a partir de las Instituciones, desde los símbolos regionales a la cultura, pasando por las comunicaciones o la presencia en España, de repente surgía una colosal amenaza centrífuga, un alimento revitalizador para las permanentes tentaciones bi-provinciales, dormidas más que muertas. Afortunadamente, creo que ese peligro está, por el momento, conjurado, y me felicito por las posturas del Rector Chaparro y del Rector Salido al respecto. Así que, también, para mí será reconfortante aflojar la tensión con la que he seguido este proceso.

Les reitero nuevamente mis disculpas por si en esa época a la que me refiero, algunas de mis manifestaciones podían inducir a pensar en una agresividad que les aseguro que nunca ha estado en mi ánimo. Era sólo un celo que merecía la importancia de la cuestión y mi particular pasión por el asunto.

Les felicito a todos por su trabajo y les deseo sinceramente un curso en el que la normalidad y el sosiego marquen la pauta de la actividad universitaria.

Señor Rector, inauguramos este curso, que será el primero desde mi punto de vista del siglo XXI -desde el del profesor Fajardo parece que no-, y el primero bajo su mandato. La Universidad ha querido que usted sea su Rector. Para mí y para el Consejo de Gobierno que presido, también usted es nuestro Rector. Sin reservas. Cuento usted con mi colaboración cuando la precise. Cuento usted con mi aprecio y cuento usted con mi respeto.

Nada más y muchas gracias.